

# La Guardia Civil y las guerras carlistas

## EL ESTUDIANTE DE VILLASUR

Por FRANCISCO DIAZ GARCIA POCOSTALES  
Teniente del Cuerpo

### SINTESIS HISTORICA

A partir del año 1814, una vez terminada la guerra de la Independencia y expulsadas del territorio nacional las últimas tropas francesas, nuestro país, que en este aspecto, como en otros muchos, no podía ser la excepción de la regla, y quizás como secuela inevitable de todas las guerras, vivió durante el reinado de Fernando VII, y con mucha más intensidad durante las Regencias de María Cristina y Espartero, unos años turbulentos de constantes agitaciones y desórdenes políticos, caracterizados por la violencia puesta en práctica con la cerril obcecación de dos bandos irreconciliables en que se había dividido la nación y donde los motines, revoluciones, pronunciamientos y sublevaciones estaban a la orden del día, haciendo inútil aquella unanimidad demostrada por todos los españoles, que poco tiempo antes había hecho posible el triunfo sobre Napoleón, del cual no quedaba más que un glorioso recuerdo.

Todo este irregular estado de desorientación nacional contribuyó, con su justificada incertidumbre, a fomentar la delincuencia criminal y el más descarado pillaje, que a la sombra de aquella inestabilidad encontraron el campo abonado para sus abyectas y sucias maniobras, sobre todo en los medios rurales, donde el bandolerismo en todas sus facetas se enseñoreó sin ninguna dificultad de caminos y encrucijadas, imponiendo la ley del más fuerte y haciendo poco menos que imposible el que las personas honradas pudieran transitar por los campos sin exponerse de una forma casi segura a ser desvalijadas, cuando no a perder la vida, y lo que era aún peor, sin que el Ejército y la Milicia, únicas fuerzas existentes en aquella época para llenar este primordial cometido, pudieran impedirlo por tener que estar casi todo el tiempo empleadas en su servicio de guarnición o en otros acontecimientos políticos no menos importantes y urgentes que reclamaban su inmediata intervención.

Ni que decir tiene que para contrarrestar este anómalo estado de cosas

se hacía necesaria la creación apremiante de una fuerza polivalente y despolitizada, con misiones más complejas y definidas que, aun contando con una organización estructurada militarmente, llenara, a la vez, esa necesidad perentoria de garantizar el orden y asegurar la protección de vidas y haciendas, devolviendo la tranquilidad a las zonas rurales directamente afectadas y a merced, en aquel río revuelto, de las gavillas de facinerosos y gentes de mal vivir que infectaban todo el territorio de la Nación.

Y así fue como, tras muchos debates y cortapisas por parte de los detractores del proyecto, en mayo de 1844 nacía definitivamente la Guardia Civil que, si bien —y obligado es decirlo— en principio fue acogida con ciertos celos y reservas por aquellos que sólo creían ver en ella el brazo fuerte de los poderosos y el sostén continuado del partido imperante, bien pronto, ya desde sus primeras actuaciones como tal Guardia Civil, se iba a hacer acreedora al más cumplido respeto y consideración de toda la Nación por su admirable presentación, ejemplar conducta y abnegado proceder de todos sus componentes que, con un elevado concepto de lo que debe ser el cumplimiento del deber, devolvieron en poco tiempo la paz y tranquilidad a todos los ciudadanos honrados sin tener en cuenta para nada su clase, ideología, ni posición social, que pudieron desde entonces dedicarse a sus peculiares actividades sin el temor de verse atacados.

Sin embargo, esta fuerza, creada esencialmente para la protección de personas y propiedades, no iba a tardar mucho en verse obligada por las circunstancias a dejar abandonada transitoriamente esta misión para atender a otra de no menos vital importancia y en la que, desde los primeros momentos, habría de poner a prueba la más desinteresada fidelidad al Gobierno, imbuidos de las sabias y acertadas enseñanzas de sus reglamentos, ante la amenazadora reaparición con caracteres verdaderamente alarmantes de las agresivas y anárquicas partidas carlistas en diversos puntos de la geografía española, principalmente por las provincias Vascongadas, gran parte de Navarra, Castilla la Vieja, Levante, Aragón y Cataluña.

Así, a los tres años escasos de su creación, concretamente a principios del año 1847, fecha en que ya se encontraban establecidos la mayoría de los Puestos, tienen lugar los primeros contactos y hechos de armas de la Guardia Civil contra los facciosos, en cuyas luchas se sucedieron infinidad de episodios heroicos, dada la predilección demostrada por las citadas partidas de atacar las Casas-cuarteles, en cuyos miembros veían unos enemigos demasiado peligrosos para ellos a la par que unos excelentes auxiliares para las tropas isabelinas por su perfecto conocimiento del terreno, amén del sueldo que para las partidas representaban las armas y municiones existentes en los cuarteles. Episodios que con más o menos detalles recoge la historia del Cuerpo, pero que entre los cuales merece destacarse con especial atención, por las circunstancias dramáticas que concurrieron en el mismo, el fusilamiento del

guardia segundo Calixto García, perteneciente al entonces 11 Tercio, de Burgos, llevado a cabo por la partida de «El Estudiante de Villasur», y que por su humano y ejemplar contenido sirve de motivo a este trabajo.

Pero retrocedamos un poco para situarnos en aquel ambiente.

### PRIMERA GUERRA CARLISTA (1833-1840)

Con el célebre abrazo de Vergara —más simbólico que efectivo— entre los generales Espartero y Maroto, en 31 de agosto de 1839, se daba fin, en apariencias, a un dilatado período bélico que es conocido en la Historia de España con el nombre de «Guerra de los siete años», durante el cual, como ocurre en todas las guerras civiles, solamente perjuicios y la más espantosa miseria se ocasionaron a la comunidad nacional, ya altamente empobrecida de por sí por otras revueltas anteriores.

Esta guerra, al igual que otras que con el mismo fin le sucedieron, tuvo su génesis en la tan discutida «Ley Sálica», promulgada el día 10 de mayo de 1713, por el primero de los Borbones, Felipe V, inspirada en la Ley de Sucesión francesa, en virtud de la cual se excluía del trono a las mujeres, teniendo preferencia sobre ellas todos los descendientes varones por línea recta de varonía, aunque las hembras y los suyos fueran de mejor grado y línea.

La citada Ley Sálica, que ya en tiempos de Carlos IV se intentó derogar, a pesar de toda clase de maniobras e intrigas palaciegas llevadas a cabo para impedirlo, incluida la bofetada de la infanta Luisa Carlota, que dio lugar a la célebre frase de «manos blancas no ofenden», del ministro Calomarde, que fue quien la recibió y que era partidario de la candidatura del infante Don Carlos María Isidro, fue derogada por Fernando VII en 1830, poco antes del nacimiento de su hija, que más tarde habría de reinar en España con el nombre de Isabel II y cuya proclamación como heredera se hizo solemnemente, con la fastuosidad acostumbrada, en la plaza de Palacio, el día 24 de octubre de 1833.

El infante Don Carlos, que —por estar en completo desacuerdo con esta medida derogatoria por parte de su hermano el rey Fernando VII, y para no verse obligado a tener que jurar como heredera de un trono, que él consideraba como cosa propia, a su sobrina Isabel II— se había exiliado voluntariamente a Lisboa, según unos autores, y según otros, había sido desterrado por orden de su hermano. Y fue precisamente a Lisboa, a donde a últimos de octubre del mismo año le llegaron noticias de España comunicándole el alzamiento de sus partidarios que le habían proclamado rey con el nombre de Carlos V, iniciándose así esta primera guerra dinástica en la que, como se vio después, lo que menos importaba era quién iba a reinar y si estaba o no vigente la discutida Ley de Sucesión. Lo que en verdad se jugaba era la supervivencia de dos fuerzas ideológicas antagónicas: la liberal o reformista, que intentaba

realizar la revolución de las estructuras nacionales poniéndolas a nivel europeo y que abrazó la causa de la reina-niña y por tanto el partido «isabelino», y la absolutista o tradicionalista, cuya bandera enarbolaron los titulados «carlistas», que aprovecharon el planteamiento de la cuestión dinástica como pretexto para sus fines absolutistas claramente definidos, ayudados por los apostólicos y clericales, en cuyas mentes estaba aún latente el recuerdo de las drásticas medidas que contra el clero adoptó el liberalismo en los años 1812 y siguientes.

Esta guerra, que se caracterizó por una implacable crueldad por parte de ambos bandos, llegó a adquirir en algunas regiones un auténtico y alarmante carácter de vandalismo, en la cual eran rematados los heridos y pasados por las armas sin la menor piedad los grupos de fuerzas de una y otra partes que tenían la desgracia de ser hechos prisioneros.

Por lo que respecta al campo carlista, estas feroces carnicerías decayeron después de los primeros años de lucha y tras una eficaz y progresiva organización militar dirigida por el prestigioso general don Tomás Zumalacárrregui, que logró convertir a las autónomas e incontroladas partidas que operaban por el Norte en un ejército regular y perfectamente organizado, como lo prueba el hecho de llegar a sitiar por tres veces una ciudad tan importante como Bilbao.

Sin embargo, en el Levante español las cosas continuaban desarrollándose con la misma crueldad que al principio. Allí, otro caudillo poco conocido, pero con unas condiciones excepcionales para la conducción de masas, convirtió a las partidas carlistas, que hasta entonces habían venido operando en la más completa anarquía, en un ejército eficiente y disciplinado, que obtuvo resonantes victorias y trajo en jaque a las tropas isabelinas por su eficaz manera de atacar inopinadamente y desaparecer rápidamente del teatro de operaciones.

Este caudillo fue un estudiante de teología llamado Ramón Cabrera, dotado de un valor temerario y una decisión y serenidad que pronto le hicieron escalar todos los grados de la Milicia, hasta convertirse en jefe supremo de las partidas de Levante a la muerte de Carnicer, que había venido ostentando dicha jefatura.

Su forma de combatir, lo mismo que la de toda su gente, se caracterizó, por lo que respecta al trato dado a los prisioneros, por una implacable crueldad —quizás avivada por el fusilamiento de su madre por las tropas isabelinas—, hasta el punto que se le conoció con la denominación de «El tigre del Maestrazgo».

Firmada la paz y ante el estado de ruina en que había quedado la nación por estas luchas intestinas, eran muchos los que no deseaban otra guerra, y con objeto de limar asperezas entre los dos bandos en pugna se intentó por varios personajes importantes de la época acercar a carlistas e isabelinos por medio de un pacto que consistía en el matrimonio de Isabel II con su primo

Carlos Luis, primogénito del titulado Carlos V, pacto que a pesar de todas las intenciones e intrigas, y por diversas causas, no se llegaría a realizar, continuando España, por tanto, dividida en dos tendencias con posturas antagónicas e irreconciliables, cuyo odio a muerte no se extinguiría hasta muchos años después.

## SEGUNDA GUERRA CARLISTA (1846-1869)

(Aparece «El Estudiante de Villasur»)

De poco iban a servir los buenos deseos de los pacifistas, puesto que haciendo buena la frase de aquel poeta que dijo que «la paz impuesta por el filo de la espada no es más que una tregua», pronto se iba a ver España envuelta en otra guerra carlista iniciada a los seis años de terminada la primera por los partidarios del segundo pretendiente de la dinastía, Carlos Luis de Borbón y de Braganza, conde de Montemolín. Guerra que si bien en principio se circunscribió a Cataluña, pronto tuvo otras ramificaciones en diversas provincias españolas, donde las partidas levantiscas fueron capturadas unas o dispersadas la mayoría de ellas.

Esta segunda guerra, que se llamó de los «Matiners» o «Matinets», que en catalán quiere decir madrugadores o madrugada, respectivamente, tuvo su principal caudillo en el Brigadier don Rafael Tristany, que ya durante la guerra de los siete años había sido Teniente Coronel, y que, después de Zumalacárregui y Cabrera, probablemente fue la figura militar de más relieve en el carlismo. Con él se alzaron Galcerán y Pitox, en Lérida y Tarragona; Dameto, en Gerona, a los que siguieron otros hasta que, en diciembre de 1847, fueron derrotados por el general Pavía, que mandaba las tropas isabelinas.

No por ello terminó la guerra de los «Matiners», pues a mediados del año 1848 habría de alcanzar su mayor auge al hacerse cargo de su dirección el discutido Cabrera. Ya en los primeros meses del mismo año se habían levantado también en Cataluña el general carlista don José Masgoret y en Aragón «El Cojo de Cariñena» y otros, que proclamaron rey al conde de Montemolín con el nombre de Carlos VI; pero sin que a pesar de la simpatía popular con que al principio contaban se llegase a producir el levantamiento general que esperaban, el cual no llegó a su punto álgido hasta la deseada llegada, como se dice, de «El Tigre del Maestrazgo».

Consecuencia de este nuevo impulso fue que en varias regiones españolas se alzaron, con mejor o peor fortuna; partidas «montemolinistas», que dieron que hacer lo suyo a las tropas isabelinas; pero cuya actuación vamos a pasar de largo para no salirnos del objeto de este trabajo, dedicando especial atención, sin embargo, a las que se levantaron en Castilla la Vieja y en particular en la provincia de Burgos, entre las cuales hay que destacar, como decíamos antes, por su forma violenta de actuar, la de «El Estudiante de Villasur», que

operaba en conexión con otras más pequeñas mandadas por su hermano Apolonio, por el cura de Atapuerca y por el maestro de Quintanilla.

«El Estudiante de Villasur», pseudónimo con el que ocultó su verdadera personalidad durante la segunda guerra carlista, era en realidad el Coronel don Antonio Arnáiz, natural del pueblecito burgalés de Villasur de Herreros, distante de la Capital unos veintisiete kilómetros y límite con los términos municipales de Villafranca de Montes de Oca, Urquiza, Pineda y Arlazón, pueblo este último a cuya demarcación pertenece en la actualidad el de Villasur. Era de carácter altivo y despiadado; de él se cuenta que en cierta ocasión en que tenía su guarida en el valle «Vallejito», situado entre los altos de La Cruz y Las Picotas, en la serranía burgalesa, asesinó a sangre fría y sin más preámbulos a uno de sus centinelas por haberlo sorprendido adormilado en el puesto de observación que le habían asignado.

El Conde de Clonard, al referirse a este personaje de leyenda en su «Historia Orgánica de la Infantería y Caballería Española», nos lo va retratando como un hombre que gozaba de cierto prestigio entre su gente, adquirido, sin duda, a costa del arrojo y valor personal que hubo de poner a prueba en cuantas ocasiones se le presentaron, y además era un buen conocedor en sus más mínimos detalles de todos los accidentes topográficos del terreno en que se desenvolvía; circunstancias que le garantizaban la clandestinidad y, en cierto modo, una relativa seguridad en sus continuos desplazamientos y ataques alevosos por la comarca burgalesa, que conocía palmo a palmo.

El día 20 de junio de 1847, y bajo el lema de «Constitución de 1812 y unión de todos los españoles», levantó una partida carlista en el pueblo de La Vega (Burgos), y tras librar algunos combates contra las fuerzas isabelinas, en los que la suerte no le fue muy propicia, el día 21 de julio del mismo año y con objeto de hacerse con armas y municiones de las que en principio escaseaban bastante, situación que se agravaba en los combates que venía sosteniendo con las tropas contrarias, se decidió, en unión de otras partidas «montemolinistas», a atacar la Casa-cuartel de la Guardia Civil de Villafranca de Montes de Oca, donde sólo había cinco guardias segundos al mando de uno de ellos, llamado Santiago Sánchez.

Estos cinco guardias, haciendo gala de un sereno valor y de unos sentimientos patrióticos puestos a toda prueba, no solamente resistieron los feroces ataques del enemigo encorajinado por su manifiesta impotencia, sino que, despreciando la enorme superioridad numérica de aquél, hicieron una heroica salida contra los facciosos, a los que, después de infligirles un duro castigo, desalojaron del pueblo, poniéndolos en franca y vergonzosa huida. El Estudiante de Villasur, ante este estrepitoso descalabro y como consecuencia de las sensibles pérdidas en hombres y caballos que en estas frecuentes escaramuzas se le iban produciendo, unido a la incesante persecución de que estaban siendo objeto las demás partidas carlistas, decidió disolver la suya, cuyos componentes



Fusilamiento del guardia Calixto García, por la partida del Estudiante de Villasur, en Hontomín (Burgos)

se acogieron a la gracia del indulto unos o se dispersaron otros; desapareciendo, en uno y otro casos, del escenario de la guerra.

A partir de entonces, pocas noticias se tienen de este célebre personaje, hasta el día 3 de noviembre de 1848, en que vuelve a hacer acto de presencia en las sierras de Burgos al mando de unos sesenta u ochenta hombres, todos ellos montados, pero divididos en pequeños grupos con las mismas características que la vez anterior y animados de los mismos crueles sentimientos, dando lugar con su actuación a uno de los hechos más singulares que registra la historia de la Guardia Civil, y acerca del cual existe controversia en el modo de exponerlo, que nosotros vamos a tratar de aclarar.

Melchor Ferrer, en su «Historia del Tradicionalismo Español» (tomo XIX), al hacer referencia a la actuación de las partidas carlistas en las provincias de Castilla la Vieja, nos lo describe así:

«... Pero la mayor actividad iba a darse a la campaña *montemolinista* con la presentación en el campo del coronel don Antonio Arnáiz, el famoso *Estudiante de Villasur*. Se presentó en campaña a fines de noviembre en la provincia de Burgos. El 25 sorprendió a un destacamento en Hontomín (Burgos), desarmando a los que lo formaban, soldados del regimiento de Caballería Farnesio y guardias

civiles, llevándose presos a los guardias y algunos soldados; entre ellos, un sargento de los primeros.»

No estamos de acuerdo con Melchor Ferrer en tan escueto comentario de un hecho que tuvo distintas consecuencias. Según otras fuentes, los acontecimientos no se desarrollaron tan pacíficamente como de la lectura del citado párrafo parece desprenderse, ni los carlistas se llevaron ningún guardia civil prisionero, sino que, muy al contrario, tuvieron lugar de una forma mucho más cruenta y vengativa. Sin embargo, vaya por delante que al hacer esta aclaración no lo hacemos por la apreciación subjetiva que pudiera creerse, teniendo en cuenta la condición del autor de estas líneas, sino que nos basamos en una fuente de información oficial donde se inserta el parte de novedades en que la Capitanía General de Burgos comunicaba al Gobierno el suceso y que, con objeto de constatar con la anterior, transcribimos a continuación.

«El Capitán General de Burgos da parte, con fecha 26, de la brillante defensa hecha en Hontomín por un cabo y tres guardias civiles contra la gavilla del Estudiante, causándole dos muertos; de los cuales, uno que era Oficial fugado de la capital, murió poco después.

»Resistieron amenazas de incendio y el sacrificio de un compañero fusilado por los facciosos. S. M., en vista de tan valeroso comportamiento, se ha servido conceder la Cruz de plata de San Fernando al cabo comandante de la partida (sic); la sencilla de María Isabel Luisa a los guardias, y mandar que la viuda del que fue fusilado haga una instancia para concederle la pensión correspondiente.» (Tomado de la «Gaceta» núm. 5191, de fecha 29 de noviembre de 1848.)

Como se puede deducir a simple vista, de la lectura de ambas versiones se saca la consecuencia de que, sin lugar a dudas, la segunda tiene un valor crediticio bastante más objetivo que la primera, avalado por el origen directo de la fuente de información.

Por otra parte y para confirmar de una manera absoluta lo dicho anteriormente, Opisso, en su libro «La Guardia Civil y su Tiempo», y el Teniente Coronel Osuna, en la «Revista Técnica de la Guardia Civil», número 196, del año 1926, al referirse a este suceso lo hacen exponiendo en sus narraciones tal diversidad de detalles que nosotros no podemos sustraernos a la tentación de darlos a conocer, siquiera sea como justificación a este trabajo y al mismo tiempo para que todos los componentes del Cuerpo sepan que este prestigio de que hoy goza la Guardia Civil no es, como muchos pudieran creer, un tópico más, sino que es fruto de una labor continuada que se ha venido realizando a lo largo de su existencia a costa de la abnegación y, en casos como el presente, del sacrificio de sus mejores hombres, que con su ejemplo desde los primeros servicios que realizó el Cuerpo nos han venido señalando con hitos dolorosos, teñidos con su propia sangre, el camino del honor, ese camino erizado de espinas que todos hemos de seguir si queremos mantener

incólume ese prestigio que ni el tiempo ni las adversidades podrán menoscabar.

Este hecho al que nos referimos, que tuvo lugar el día 25 de noviembre de 1848, según los autores citados anteriormente, ocurrió poco más o menos así:

«Una mañana, muy temprano, se presentó de improviso en el pueblo de Hontomín la partida del «Estudiante de Villasur», compuesta de unos ochenta hombres de a pie y a caballo, haciendo prisioneros a un sargento y seis soldados de Caballería que, de tránsito, descansaban tranquilamente en la posada del pueblo, y a un guardia civil llamado Calixto García, que en traje de paseo había ido a llevar un oficio a casa del Alcalde.

Realizada tan fácil proeza, se dirigieron a la Casa-cuartel de la Guardia Civil, con objeto de sorprender al Puesto, pero éste, formado por el Cabo Juan Manuel Rey y cuatro guardias, se había apercebido a la defensa en la parte alta de la casa, recibiendo a la partida con nutrido fuego de fusilería.

El Estudiante intimó la rendición, a lo que se negó enérgicamente el Cabo. «Peor para vosotros —respondió el feroz cabecilla—; no vais a quedar ni uno vivo.»

Pronto pudieron convencerse los guardias de que El Estudiante era capaz de todas las infamias, pues sorprendido por aquella enérgica resistencia, atacó violentamente por todas partes, hasta que logró apoderarse de la parte baja del cuartel, donde hizo prisioneros a las mujeres y a los niños de los valientes defensores.

Sacados a la plaza estos seres indefensos, fueron asquerosamente insultados por aquella canalla, que pronto volvió a atacar furiosamente, sin obtener el más pequeño resultado.

En vista de ello, El Estudiante volvió a intimar al valiente Cabo para que se rindieran con los guardias, so pena de degollar a las mujeres y a sus hijos y fusilar al guardia Calixto García; obteniendo por parte del Cabo la misma resuelta negativa.

—Vamos a achicharraros —gritaban los carlistas.

—Os vais a quedar todos viudos y no quedarán de vuestros hijos ni los rabos.

—Eso haréis vosotros. ¡Cobardes! —contestaron los guardias—. ¡Con esos os atreveréis! ¡Venid contra nosotros, que tenemos armas; ya veréis cómo no es tan fácil rendir a cinco soldados de la Reina!

—¡A ellos! —gritó el cabecilla, ciego de furor.

Los suyos, enardecidos por el jefe, se lanzaron a la pelea como fieras, pero los defensores tiraban sobre seguro y no había medio de acercarse a la improvisada fortaleza.

Ciego de ira El Estudiante de Villasur, ideó llevar a efecto su amenaza de prender fuego el edificio para que murieran achicharrados sus defensores. Y, en efecto, veíase a los carlistas acumular grandes haces de leña que luego rociaban con alquitrán, mientras las mujeres y los niños, arrodillados, pedían clemencia con angustiosos gritos.

Pero los defensores, haciendo un fuego tan certero como desesperado, no dejaron arrimarse a los que, provistos de teas para poner en práctica las infernales ideas de aquel monstruo, se acercaban.

Convencido El Estudiante de que le iba a costar muy cara la conquista de la Casa-cuartel, se retiró a la plaza, donde reunió a todos los prisioneros, en su mayoría niños y mujeres, y ante su vista horrorizada por el espectáculo, hizo avanzar atado, maltratándolo bárbaramente, al guardia Calixto García, hasta un sitio desde donde lo divisaban sus compañeros.

—Mirad lo que os espera a vosotros —vociferaban.

—Vendarle los ojos, ponerlo de espaldas e hincarlo de rodillas, que va a morir —gritó el cabecilla.

—No muero por traidor ni por criminal —exclamó el sentenciado—; así es que deseo ser fusilado de frente y sin venda en los ojos.

Concedida tan pequeña gracia, avanzó el piquete, y en medio de la más espantosa gritería por el repugnante horror que tan infame acto le producía, fue cobardemente fusilado el guardia Calixto García; mientras que sus compañeros, más resueltos que nunca a perecer antes que rendirse, apostrofaban a los asesinos, invitándoles a la lucha.

Un nuevo ataque, valientemente rechazado, puso punto final a tan doloroso espectáculo, y El Estudiante, fracasado una vez más, tuvo que abandonar el pueblo sin haber conseguido su objetivo; dejándose atrás algunos muertos, entre los que figuraban dos oficiales de la partida y teniendo que cargar con muchos heridos.

Las mujeres y los niños fueron puestos en libertad antes de abandonar el pueblo; no así el sargento y los seis soldados de Caballería, que hubieron de seguir a los facciosos en calidad de prisioneros.»

Magnífico y digno de admiración el comportamiento de estos valientes guardias, que se hicieron acreedores a las recompensas que les fueron concedidas por S. M., y además los guardias Tomás Martín y Lucas Villanueva, que se distinguieron, fueron premiados con sendos ascensos.

El Duque de Ahumada, por su parte, haciendo gala una vez más de aquellos sentimientos paternos y humanos que le eran tan peculiares, mandó socorrer con 4.000 reales a la viuda de Calixto García.

Como consecuencia de este hecho vandálico se recrudecieron aún más las persecuciones de las partidas carlistas en la provincia de Burgos, hasta el punto que el Gobierno no tuvo inconveniente en poner las columnas a las órdenes de Jefes y Oficiales de la Guardia Civil, como perfectos conocedores del terreno, bajo de dirección del Coronel Jefe del 11 Tercio, don León Palacios, y así salieron en persecución de los facciosos varias partidas del Regimiento Cantabria. Una de ellas, la mandada por el Comandante Villanueva, de la Guardia Civil, con el Capitán don Angel Carmona y el Subteniente don Juan Manuel Alberní, con treinta y seis guardias civiles, sostuvo el día 6 de diciembre de 1848 un reñido combate con la partida del Estudiante de Villasur, en el que además de cogerle algunos caballos le causó diez muertos y le hizo varios prisioneros.

Este fue el final de tan infausta partida, pues a raíz de este descalabro desapareció del distrito militar de Burgos.

#### BIBLIOGRAFIA

- CLONAR, Conde de.—"Historia Orgánica de las Armas de Infantería y Caballería españolas".—Madrid, Imprenta de F. Castillo. Año 1858.
- OPISSO, Alfredo.—"La Guardia Civil y su tiempo".—Barcelona, Molinoz y Maza, Editores. S/a.
- FERRER, Melchor.—"Historia del Tradicionalismo Español".—Sevilla, Editorial Católica. Varios años.
- OYARZUN, Ramón.—"Historia del Carlismo".—Madrid, Editora Nacional. Año 1944.
- MORAYTA, M.—"Historia General de España".—Madrid, Felipe González Rojas, Editor. Año 1894.
- BALLESTEROS, Manuel.—"España del siglo XV a nuestros días".—Madrid, Ediciones "La Ballesta". Año 1965.
- LOZOYA, Marqués de.—"Historia de España".—Madrid, Editores Salvat, S.A. Año 1969.
- OSUNA PINEDA, J.—"Hechos gloriosos de la Guardia Civil".—Madrid, 1915. Págs. 51-54.
- "GACETA DE MADRID".—Número 5191, de fecha 29 de noviembre de 1848.